

El cerco, de Juan Antonio Rosado

La infancia y la adolescencia ofrecen una fuente rica en anécdotas, frustraciones, afectos o rencores perdurables. Son también el origen de vastas construcciones literarias: el *roman-fleuve* en el estilo de Romain Rolland o Roger Martin du Gard, el largo trayecto detonado por la magdalena y la memoria involuntaria de Proust, los reclamos a la educación y su labor represiva de Joyce, las críticas sociales disfrazadas de humor de Mark Twain, las estampas de crueldad de Brontë. En éstas, la infancia es el punto de partida para relatar la vida, el momento que da las claves de lo que sucederá después, o aquél al que se regresa una y otra vez en la búsqueda de esas mismas claves para que expliquen los cómo y porqués de la vida de los personajes y de su momento en la historia.

El cerco, de Juan Antonio Rosado, inicia con escenas de una infancia feliz: “mirábamos el jardín, el verdor intenso del pasto con sus dos higueras, su naranjo, su limonero y aquel árbol gigante que nunca supimos nombrar porque no daba frutos pero en cuyas ramas los niños competíamos a ver quién llegaba más alto”. Los elementos para las aventuras infantiles están ahí, en “esa casona laberíntica que ocultaba escaleras tras puertas secretas, cuartos debajo de cuartos, corredores que daban a corredores cada vez más estrechos y misteriosos”. Aventuras infantiles y, quizá, no tanto.



¿Estamos ante una novela gótica, con fantasma rondando por las noches; ante una de misterio, con algún tesoro o algún emparedado tras las puertas secretas; o, tal vez, ante una policíaca, para aprovechar esos cuartos debajo de otros cuartos y sembrar ahí el cadáver? Es un inicio para interesar al lector y extraviarlo al mismo tiempo. Nada de todo lo señalado sucede en este libro. Juan Antonio Rosado aborda un tema de infortunada y latente actualidad: el narcotráfico. Pero no se limita a él; escribe también de los conflictos familiares, de los efectos del ambiente y la educación, de las múltiples corrupciones que inciden en el tejido social de una comunidad.

En esta novela polifónica, el autor cuenta la vida de una familia de clase media inmersa en un esquema complejo. En esa casona, tan idílicamente descrita por uno de sus moradores, conviven una tía solterona y dos matrimonios con sus respectivos hijos. Una de las parejas es estable; la otra es víctima de un esposo y padre en perpetua situación de crisis económica y personal. El trayecto paralelo de estos dos grupos permite comprender las razones de lo que cada personaje va relatando. Sin una clave específica que indique quién habla, se arma poco a poco el rompecabezas de este conglomerado en donde hay víctimas y culpables, en parte involuntarios.

Sergio es el joven observador que hace la descripción de la casa y de esos primeros años cuando la urdimbre familiar ofrecía aún un espejismo de armonía y se podía pensar en un futuro en común. La apreciación sensata de lo que le rodea incluye a su primo: “Ahora que recapacito, después de tantos años, opino que Marcos fue una víctima, un chico sensible que sólo necesitaba aceptación, integrarse a un grupo sano y tener proyectos creativos [...] Yo era el único primo al que Marcos le tenía confianza [...] íbamos a la misma secundaria y me tocó ver cómo empezaron a dízque a extorsionarlo a la salida”. Y ese

juicio se convierte en una triste profecía. Marcos, el muchacho con un defecto físico que lo acompleja, hijo de un hombre propenso al alcoholismo y a la búsqueda de esa vida fácil que no lo es tanto, sigue los pasos de su padre y se involucra con personajes de dudosa —o, mejor dicho, *cierta*— conducta.

Juan Antonio Rosado dibuja un panorama ominoso del ambiente en las escuelas mexicanas: represión, intolerancia, actitudes corruptas de maestros y directores en complicidad con delincuentes que buscan muchachos susceptibles de ser reclutados para el narcotráfico en pequeña y gran escala. Es un alegato eficaz porque se manifiesta a través del relato, en primera persona, tanto de Sergio, el testigo, como de Marcos, el protagonista. Cada uno ofrece la versión de lo que ve y de lo que hace, del proceso mediante el cual un adolescente cae en la tentación de unirse a la delincuencia.

Los relatos polifónicos presentan el problema de la diferenciación de voces, el peligro de caer en un juego de ventriloquía en el que varios individuos hablan de la misma forma para decir cosas distintas; sin embargo, Rosado lo resuelve mediante tonos y lenguajes diferentes, y establece de manera clara, no sólo la personalidad, también el pensamiento de sus protagonistas. Y hablo en plural porque hay equivalencias en la jerarquía del elenco, no precisamente en la longitud de los párrafos que cada uno pronuncia, sino en el peso que ejercen sobre la trama. Si la voz de Sergio joven y Sergio adulto es educada y objetiva, la de Marcos cuenta su iniciación y paulatino descenso a través de una autojustificación no exenta de angustia; mientras que el diario de Marcos padre está escrito en un tono descarado, con cierta vulgaridad y que, sobre todo, evidencia esa ilusoria postura del “ahora sí” en la cual suelen caer los individuos atrapados en situaciones, tanto internas como externas, que ya no pueden controlar.

Hay otras voces más esporádicas, y un narrador omnisciente que redondea la atmósfera con un punto de vista a distancia. Si hay polifonía, se presenta también un juego de tiempos: los episodios de la vida de los protagonistas están relatados sin orden cronológico, el pasado se contempla desde el presente, éste se describe en diálogos y acciones; un ir y venir, no sólo de los hechos, también de la perspectiva de cada uno de los involucrados. Y los presentes se acumulan para culminar en el drama de una juventud desperdiciada.

¿Qué nos dice *El cerco*? El título de la novela es muy significativo, pues alude a la trampa que poco a poco se va cerrando alrededor de los jóvenes vulnerables, y critica el ambiente que lo propicia. Establece, así, una acusación contra el ambiente familiar y el escolar que, lejos de apoyar, precipitan a esos jóvenes a la búsqueda de *satisfactores* ausentes en sus casas y de dinero por medios delictivos.

En un largo capítulo (denominado con cierta ironía "El comal y la olla") un tanto sorpresivo porque cambia el tono y el ritmo de la novela, Juan Antonio Rosado nos sumerge en la dialéctica: dos personajes, Ricardo y Aurora, padres de Sergio, tiempo después de los acontecimientos que los personajes atestiguan o protagonizan, se involucran en una discusión un tanto hostil acerca de los pros y los contras de la legalización de las drogas. Son, así, el vehículo para transmitir una serie de argumentos bien documentados y, por último,



Juan Antonio Rosado, *El cerco*, México, Jus, 2008.

frustrantes, pues ninguna conclusión se alcanza en este ir y venir por los laberintos del pragmatismo, que busca soluciones reales, y de la moral, o supuesta moral, que defiende los pretendidos valores de la sociedad.

En esta plática conyugal, que deja entrever un sustrato de animadversión más allá de las consideraciones teóricas, se alude a un planteamiento también más allá del problema circunstancial: ¿es el Estado responsable de la conducta privada de los ciudadanos?, ¿tiene el derecho de legislar (de sancionar o castigar) dicha conducta? O el

ámbito de lo privado es, en tanto no incida en la seguridad de los demás, un territorio inviolable que ningún sistema tiene la facultad de penetrar. Preguntas que se quedan en el aire, como se han quedado en el mundo actual en flagrante ignorancia de la experiencia histórica, la cual recuerda las consecuencias de prohibir, en vez de prevenir, aquello que muchos desean, pues les lleva a buscarlo en el territorio de la ilegalidad, bajo la luz seductora de lo vedado.

Si la década de los años veinte vio el nacimiento y la proliferación de grupos que se enriquecieron y adquirieron poder con el contrabando de alcohol, estas últimas décadas han visto lo mismo, magnificado de manera brutal, sin que nadie considere las alternativas a la represión. Tal vez porque esa luz seductora se mimetiza con otra, más poderosa aún: la del dinero. Ése, en parte, es el argumento que Juan Antonio Rosado sugiere, de manera lúcida, en voz de su personaje, con la esperanza de hacernos reflexionar.